



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Sin libreto

Hace un mes que rumio uno de los notables artículos que publica cada semana Jesús Silva Herzog Márquez en el diario *Reforma*. Me refiero al publicado el 2 de marzo con el título de "Narrativa".

Silva Herzog apunta ahí un rasgo clave en el azaroso despliegue de nuestra vida pública: la falta de una narrativa que ordene los hechos dispersos, con frecuencia caóticos, y otorgue a la sociedad el sentido de un rumbo, la certidumbre colectiva de que se camina hacia un lugar que vale la pena: una certidumbre de futuro.

"La acción política", dice Silva Herzog, "no es solamente acción. Es también narración. No es solamente decisión sino también relato sobre el contexto en el que se inserta esa decisión. No basta el diagnóstico, es necesaria una descripción persuasiva".

El tiempo, los abusos, las crisis económicas limaron al punto de burla la épica de altas notas revolucionarias que durante las décadas de la hegemonía priista gobernó las creencias del país.

Según aquel cuento de larga duración, el país venía de una gesta revolucionaria cuyos propósitos de democracia y justicia social seguían cumpliéndose siete décadas después. No había para cuando terminar.

Ni había ni democracia ni justicia social, pero había el poder de una narrativa que otorgaba sentido y legitimidad incluso a las aberraciones del régimen. Lemas y credos elementales de aquella narrativa, que llamaremos, por abreviar, "nacionalismo revolucionario", siguen siendo la región límbica de la cultura política del país, un repertorio instintivo de propuestas y nostalgias públicas presente en los políticos profesionales del país — no sólo los priistas.

Apenas había empezado la obertura de la narrativa que sustituiría la del nacionalismo revolucionario, a saber: la narrativa del salto a la modernidad de los noventa, cuando la triste trilogía del año 1994 — rebelión, magnicidios, crisis económica — destruyó la credibilidad del nuevo libreto y su incipiente escenografía.

La democracia se quedó dueña del escenario y fue un buen espectáculo rector hasta alcanzar su clímax en la alternancia del año 2000, pero a partir de entonces el escenario empezó a quedarle grande. Nueve años después parece una diva a la que se le terminaron los trucos y se le empañó la grandeza.

El puro libreto de la democracia, por naturaleza discordante, no basta para darle al país la narrativa, el sentido de rumbo y de futuro común que los países necesitan. Hace falta algo más. ¿Pero qué? ■■

acamin@milenio.com

